

"Destino: Neuquén".
Migraciones y patrones residenciales en la Norpatagonia
(1960-1970)

*Joaquín Perren**

Resumen

En los años sesenta, Germani utilizó los patrones residenciales como llave para explicar la rápida asimilación de los inmigrantes a la sociedad argentina. Pese a servir de catalizador a una frondosa producción, esta inquietud pocas veces avanzó más allá de la región pampeana y del límite impuesto por la clausura del ciclo inmigratorio masivo. Por esta razón, Neuquén constituye un interesante lugar desde donde observar los patrones habitacionales desplegados en ciudades que tuvieron su hora de crecimiento con la difusión del recetario desarrollista. No se trata de examinar esta problemática de forma aislada, sin contemplar las relaciones que mantuvo con otros factores de gran valor explicativo. En el diálogo entre lugar de nacimiento, ocupación y ecología urbana neuquina encontramos un medio para explorar las relaciones entre lo macro y lo micro desde un novedoso lugar. Apartados del tentador impulso de generalizar a partir del estudio de una red, intentaremos individualizar las condiciones que sirvieron de sustrato para la acción de los individuos que las integraban. Con este objetivo general describiremos, en primer lugar, el paisaje urbano neuquino a fin de señalar las continuidades que arrastraba desde la etapa territorialiana y las transformaciones existentes en los sesenta. En una segunda parte, se presenta un esbozo de los asentamientos de los migrantes en un esfuerzo por comprender la ecología urbana neuquina para ese periodo.

Palabras clave: migraciones - patrones residenciales - sociología urbana

* Becario Doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Centro de Estudios de Historia Regional (CEHiR). Universidad Nacional del Comahue.

Abstract

In the sixties, Germani used the residential patterns as key to explain the rapid assimilation of the immigrants to the Argentine society. In spite of using as catalyst to a leafy production, this worry rarely advanced beyond the pampeana region and of the limit imposed by the closing of the migratory massive cycle. For this reason, Neuquen constitutes an interesting place from where observe residential patterns deployed in cities that had his hour of growth with the diffusion of desarrollista's ideas. It is not a question of examining this problematic of isolated form, without of contemplating the relations that it supported with other factors of great explanatory value. In the dialog between place of birth, occupation and the urban ecology we find a way for explore the relations between micro and macro dimensions from a new place. Far from the tempting impulse of generalizing from the study of a network, we will try to individualize the conditions that used as substratum for the action the individuals who were integrating them. With this general aim we will describe, first, the Neuquen urban landscape in order to indicate the continuities that it was dragging from the "territoriana" stage and the existing transformations in the sixties. In the second part, we present a sketch of the accessions of the migrants (Argentiniens and Chileans) an effort for understanding the Neuquen urban ecology for this period.

Key words: migrations - residential pattern - urban sociology

En los años '60, mientras Argentina aceleraba los tiempos de su vida política, una transformación menos visible afectaba a la ciudad de Neuquén. Miles de personas arribaban a ella delineando un proceso que registraba pocas analogías a nivel nacional. Este ejército de migrantes superaba con creces la suma de todas las expediciones militares que habían llegado a esas tierras. A similar distancia se encontraba el total de funcionarios que, en un intento por fortalecer la autoridad del estado nacional, habían poblado este lejano distrito patagónico. Para hallar un despegue demográfico de la misma magnitud deberíamos remontarnos a la "Chicago argentina", justo cuando se trazaban las líneas más gruesas del modelo agro-exportador. En su momento de mayor crecimiento, Rosario logró duplicar su población en diez años, luego de haber alcanzado los 50.000 habitantes. Sin embargo, esa extraordinaria explosión fue un hecho único e irrepetible. Neuquén, en cambio, conservaría por mucho tiempo una tasa de crecimiento que le permitió duplicar su población en tres décadas sucesivas: si en 1965 contaba con una población cercana a los 50.000, diez años después llegaría a los 100.000, para alcanzar una cifra cercana a los 200.000 en 1985.¹

¹ César VAPÑARSKY, "Primacía y macrocefalia en la Argentina: la transformación del sistema de asentamiento humano desde 1950", *Desarrollo Económico*, vol. 35, núm. 138, 1995, p. 238.

Entre quienes residían en la ciudad se encontraban Bernardino Cotro, Antolín Cifuentes y Oscar Campagna, tres jóvenes que compartían su carácter de migrantes.² Pero tenían en común algo más que esa vaga denominación: eran de la misma edad y habían contraído nupcias en el Registro Civil neuquino durante 1963. Hasta allí llegaban las similitudes y comenzaba una extensa lista de diferencias. Bernardino había nacido en una pequeña localidad del norte neuquino, donde su familia desplegaba prácticas rurales de subsistencia. Una vez en la ciudad, posiblemente con la ayuda de paisanos y familiares, consiguió emplearse como jornalero en la municipalidad. La vida de Antolín circuló por otro carril. Cuando llegaron tiempos de mayoría de edad, abandonó el minifundio familiar para aventurarse en un escenario donde contaba con un capital invisible: su "chilenidad". Sus primeros días en la ciudad sirvieron para que ingresara en una actividad que lo acompañaría largo tiempo. Primero como ayudante y luego como oficial, no tendría inconvenientes para ingresar al mundo de la construcción. En coordenadas completamente diferentes encontramos la trayectoria de Oscar. Con un título a costas, obtenido en una prestigiosa universidad, encontraría pocos obstáculos para conseguir un cargo de médico en un sistema de salud que daba sus primeros pasos y concentraba sus esfuerzos en retener a los profesionales que se animaban a radicarse en suelo patagónico.

Al llegar a la ciudad, cada uno de ellos se insertaría de modos muy diferentes en el tejido urbano. Bernardino, probablemente después de alternar en alguna casa de alquiler, conseguiría ubicarse en un barrio que conservaba esa apariencia de espacio ganado a las chacras. Algo no muy diferente sucedió con Antolín. Al igual que muchos compatriotas se asentaría en una nueva barriada que carecía de los más básicos servicios, ganándose el mote de "intruso" por ocupar terrenos fiscales en los confines de la ciudad. Los primeros pasos de Oscar en Neuquén fueron menos convulsionados. Su domicilio, al momento de contraer nupcias, se encontraba a unas pocas cuadras de la avenida principal, en una manzana que formaba parte del trazado original de la ciudad. Aunque no podamos conferirle una carga explicativa absoluta, es interesante advertir la influencia que los patrones residenciales tienen en el logro de diferentes grados de movilidad social. Parece lógico imaginar que el asentamiento en un barrio con un bagaje relacional era una poderosa palanca para acceder a un trabajo y aminorar los riesgos que nacían de las fluctuaciones del mercado laboral. Por el contrario, un barrio que albergaba entramados menos densos, era inconveniente en los valles del ciclo económico, pero podía convertirse en la plataforma para comportamientos multiprofesionales.³ De este contraste nace la necesidad de explorar un tópico que nunca abandonó su carácter de *terra incógnita* en la historiográfica regional: la radicación de los migrantes en una ciudad que no cesaba de expandirse.

² Las trayectorias de estos tres migrantes fueron parcialmente reconstruidas a partir de las actas matrimoniales del libro de registro correspondiente a 1963 (Archivo de la Dirección de Registro Civil de Neuquén, Sección Primera, Libro 1963, actas 198, 229 y 235).

³ Maurizio GRIBAUDI, "Réseaux egocentres et inscriptions sociales. Continuités et discontinuités dans les formes de structuration de l'espace parisien", Maurizio GRIBAUDI (dir.), *Espaces, temporalités, stratifications. Exercices sur les réseaux sociaux*, EHESS, París, 1998, p. 81.

En este trabajo intentaremos abordar lo que constituye el primer paso de un largo tránsito que desembocó en la integración urbana de los migrantes.⁴ Es cierto que el punto de llegada de este recorrido se conecta con la movilidad ocupacional intra e intergeneracional, el acceso a la vivienda propia o la acentuación de comportamientos demográficos de nuevo cuño. Todos estos fenómenos, sin embargo, no se produjeron en el vacío y, mucho menos, fuera de las relaciones que dieron forma al mercado laboral neuquino. Por el contrario, los migrantes dialogaban con un espacio que ofrecía oportunidades y limitaciones, aunque ambos no estaban uniformemente distribuidos en toda su extensión. Cualquier relación lineal entre formas de asentamiento y posibilidad de hilvanar una trayectoria exitosa sería, desde luego, caprichosa, pero también lo sería una postulación que hiciera oídos sordos a los condicionamientos espaciales. En este sentido, no estaría mal si afirmáramos, junto a Otero y Pellegrino, que el "espacio geográfico es siempre un espacio socialmente articulado y no un espacio euclidiano isomórfico."⁵

Dicho de otro modo, abordaremos el problema de la inserción de los migrantes desde un ángulo diferente, aunque no separado de la distribución ocupacional, que consideramos en otro trabajo.⁶ Encontrar trabajo y un lugar donde vivir fueron aquellas preocupaciones que desvelaron a los migrantes, inclusive antes que llegaran a la ciudad. No podríamos decir que la segunda problemática constituya una novedad dentro de la amplia literatura sobre migraciones. En los años '60, antes de la formación de un campo académico dedicado a estos temas, Germani había posado su mirada en los patrones residenciales como una clave para explicar la rápida asimilación de los inmigrantes.⁷ Esa Argentina integrada, a salvo del mosaico étnico norteamericano, era lente utilizado para bucear en un pasado que se analizaba retrospectivamente.⁸ Pese a actuar como catalizador de una frondosa producción científica, esta valiosa inquietud pocas veces avanzó más allá de la región pampeana y, menos aún, cruzó el límite impuesto por la clausura del ciclo inmigratorio masivo. La fuerza de esta doble limitación impidió que esa preocupación se trasladara a escenarios urbanos alejados del centro de gravedad del país, cuya explosión demográfica no estuvo relacionada con la expansión agropecuaria.

⁴ Maurizio GRIBAUDI, *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XX siècle*. París, EHESS, 1987, p. 20.

⁵ Hernán OTERO y Adela PELLEGRINO, "Compartir la ciudad. Patrones de residencia e integración de inmigrantes en Buenos Aires y Montevideo durante la inmigración masiva", Hernán OTERO (dir.), *El mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y de la población, siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 45.

⁶ Joaquín PERREN, "Hacer la América en la Patagonia. Los migrantes bajo la lupa de la comparación (Neuquén: 1980-1991)", Enrique MASES y Lisandro GALLUCCI, *Historia de los trabajadores en la Patagonia*, Neuquén, EDUCO, 2007, pp. 310-315.

⁷ Gino GERMANI, *Estructura social en la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955; del mismo autor: *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1962 y "La movilidad social en la Argentina", Seymour LIPSET y Reinhart BENDIX, *Movilidad social en la sociedad industrial*, Buenos Aires, Eudeba, 1963.

⁸ Fernando DEVOTO, *Historia de la inmigración en Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 321.

Neuquén es, por este motivo, una interesante plataforma desde donde observar los patrones habitacionales desplegados en ciudades que tuvieron su hora de crecimiento con la difusión del recetario desarrollista. Pero no se trata de examinar esa problemática de forma aislada, sin contemplar las relaciones que mantenía con otros factores de gran valor explicativo. En el diálogo entre lugar de nacimiento, ocupación y ecología urbana neuquina encontramos un medio para explorar las relaciones entre lo macro y lo micro desde un novedoso lugar. Apartados del siempre tentador impulso de generalizar a partir del estudio de una red social, intentaremos individualizar las condiciones que sirvieron de base para la acción de los individuos que las integraban. Aunque en los tiempos actuales pueda parecer una apostasía, creemos que la ubicación en el tejido urbano no puede derivarse de un complejo y variado conjunto de microrredes no siempre conectadas entre sí.⁹ Conviene, en todo caso, realizar el movimiento inverso: a partir del cruce de grandes variables deducir el registro de posibilidades a disposición de los migrantes.

Con esa idea iniciaremos un recorrido que presenta algunas paradas intermedias. Luego de revisar -en la primera sección- algunas herramientas teóricas, se describe -en la segunda- el paisaje urbano neuquino a fin de señalar las continuidades que arrastraba desde la etapa territorialiana y las transformaciones que lo afectaron en los años '60. La tercera sección exhibe un esbozo de los asentamientos de los migrantes en un esfuerzo por comprender la ecología urbana neuquina para ese periodo. Con ese propósito abordaremos la segregación y concentración espacial, analizando el impacto que en esos indicadores tuvieron el estrato social y el lugar de origen. Para realizar este estudio utilizaremos medio millar de actas matrimoniales extraídas del Archivo del Registro Civil de Neuquén. Esta clase de documentación nos ofrece un enorme caudal de información que, alejada del "orden de los tabulados", permite realizar agrupamientos *ad hoc*, muy útiles para examinar la residencia y las competencias de ciertos grupos migratorios. A esto debemos sumar un *plus* adicional, muy tentador como para ser abandonado: la muestra diseñada nos ilustra sobre una población que recorre los diferentes estratos de la sociedad neuquina.

¿Burgess en la Patagonia?

De los modelos generales a las herramientas conceptuales

Los procesos migratorios han despertado, en los últimos veinte años, el interés de una enorme cantidad de especialistas que siguieron la senda inaugurada por Germani. Gracias a sus aportes fueron abiertas fronteras que permitieron profundizar nuestro conocimiento sobre la inmigración europea de masas y, consecuencia de ello, de las sociedades que sirvieron de anfitrionas. Así, algunos fenómenos como la integración matrimonial, la movilidad social, la fuerza de las redes premigratorias o las tramas institucionales que los migrantes creaban se convirtieron en escalas obligadas de un itinerario que puso en cuestión la validez del concepto

⁹ Hernán OTERO y Adela PELLEGRINO, "Compartir la ciudad..." cit., p. 46

de *Melting Pot*.¹⁰ Esta explosión temática tuvo como contrapartida algunas áreas de vacancia que recibieron menor atención. Entre ellas, es justo mencionar la segregación espacial de los inmigrantes, tanto en las grandes ciudades como en las de menor tamaño, que inauguró una larga incomunicación entre la historia y la sociología urbana. De ese autismo emergió un campo académico que, en su afán de alistarse en las filas del *network analysis*, se desarrolló a espaldas del espacio. No es extraño que tuviera dificultades para desprenderse de esa imagen que lo tenía como un escenario inmóvil, sólo válido para retratar el contexto donde se desplegaban los procesos "verdaderamente" importantes. Cada vez menos atados a miradas panorámicas, ancladas en el contraste *pull/push*, los estudios migratorios apostaron al trasplante de las pautas premigratorias, en un intento por abonar la idea del pluralismo cultural. Con esa postura partisana, como Devoto y Otero la denominaron,¹¹ quedaba poco margen para que el espacio urbano se posicionara como un factor explicativo de importancia a la hora de evaluar procesos de integración.

Avanzar en este terreno virgen nos obliga a encontrar herramientas que permitan explorar los patrones de asentamiento seguidos por los migrantes en una ciudad joven como Neuquén. Con ese objetivo conviene dirigir nuestra atención a los aportes de la Escuela de Chicago, especialmente los realizados luego de la Primera Guerra Mundial. Si bien las particulares formas que siguió el poblamiento en ciudades afectadas por la inmigración fue objeto de diferentes reflexiones -tanto de testigos casuales como de políticos horrorizados-, una mirada sistemática sobre ellas tuvo que esperar a los años '20. De la mano de sociólogos como Thomas, Park o Burgess, los efectos "no deseados" de la apresurada urbanización norteamericana dejaron de ser un problema policial para convertirse en el detonante de una profunda ruptura epistemológica. Al mismo tiempo que se abandonaba el estudio del funcionamiento "normal" de la sociedad, se abría una variada agenda que incluía a grupos étnicos minoritarios, la salud mental, la drogadicción, la delincuencia juvenil y, desde luego, el análisis de la estructura urbana.¹² El tratamiento de estos temas produjo un salto adelante respecto a la idea de "conductas desviadas", de uso habitual en la época y con una innegable carga valorativa detrás. Quedaba claro que estos asuntos no podían ser abordados como un agregado heterogéneo, sino como manifestaciones de un proceso que había sacudido los cimientos de las sociedades modernas.

En lo referido al análisis de la ciudad es necesario destacar dos conceptos que dialogaron en el armado de su propuesta teórica. El primero de ellos es el *ghetto*, nombre con el que habitualmente se conocía a los enclaves de diferentes grupos migratorios. En su dimensión espacial, tal como nos dice Moya, el ghetto representaba "un área segregada, compacta y relativamente cerrada de primer asentamiento en los distritos centrales, con alquileres bajos

¹⁰ Fernando DEVOTO y Hernán OTERO, "Veinte años después. Una lectura sobre el crisol de razas, el pluralismo cultural y la historia nacional en la historiografía argentina", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, núm. 50, 2003, pp. 181-228.

¹¹ *Ibid.*, p. 190.

¹² Homero SALTALAMACCHIA, *Historia de Vida*, San José, Ediciones CUUP, 1992, p. 16.

y una apariencia decadente."¹³ Desde un punto de vista social, estos espacios eran la residencia de una población "tradicional", en gran medida recién llegada, que intentaba reproducir su propia cultura en un escenario completamente diferente al original. De la colisión entre expectativas y realidad nacía una marginalidad que no sólo se relacionaba con el lugar ocupado en el mercado laboral, sino también con el desajuste psicológico que provocaba una creciente desmoralización. Este punto sería reforzado por la utilización de "descripciones densas" que se esmeraban por reflejar cada faceta de la vida en los márgenes. Biografías de jóvenes delincuentes, inmigrantes polacos o de organizaciones del crimen organizado fueron los medios utilizados para brindar un efecto dramático a una mirada novedosa que hacía *tabula rasa* con los estudios de la época.¹⁴

El segundo concepto que andamiaba la propuesta de la Escuela de Chicago era la descentralización o movimiento hacia fuera.¹⁵ La idea detrás de este principio era bastante sencilla: a medida que se adaptaban a los ritmos de la vida urbana, los migrantes se ubicaban en áreas periféricas nuevas, a salvo de la decadencia de los distritos centrales. Pero ese movimiento no sucedía de una vez y para siempre. Como el caudal de llegados no mostraba señales de agotamiento, los nuevos migrantes se asentaban en las áreas desocupadas por los migrantes de mayor experiencia en la ciudad, en un proceso de recambio permanente. Así pues quedaba establecida una sucesión de zonas que ganaban en "habitabilidad" conforme nos alejamos de los distritos centrales de la ciudad. Si en éstos se concentraban las funciones políticas, comerciales y administrativas, a su lado se desarrollaba una zona de transición que albergaba opciones habitacionales económicas, negocios poco competitivos y emprendimientos relacionados con la "mala vida". A continuación seguían barrios de trabajadores y, sobre todo, de inmigrantes que escapaban al deterioro de los *guettos* de primer asentamiento. Un tercer anillo era el sitio elegido por familias acomodadas, tanto nativas como de segunda generación de migrantes, para desarrollar una vida que conservaba pocos lazos con los restantes espacios. Con servicios comerciales, financieros y entretenimientos a su disposición se comportaba como un "*guetto a la inversa*", albergando casi con exclusividad a los estratos superiores de la sociedad.

Aunque superó con éxito la prueba del tiempo, el modelo propuesto por la Escuela de Chicago recibió cuestionamientos que obligaron a matizar algunos de sus principios básicos. Los interrogantes lanzados sobre ella no afectaron con la misma intensidad a todos los su-

¹³ José MOYA, *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Buenos Aires, Emecé, 2004, p. 140.

¹⁴ Sobre jóvenes delincuentes: Clifford SHAW, *Jack Roller. A delinquent boy story*, University of Chicago Press, Chicago, 1930; del mismo autor, *The natural history of a delinquent career*, University of Chicago Press, Chicago, 1931. En torno a migrantes de Europa oriental: W. THOMAS y F. ZNANIECKI, *The polish peasant in Europe and America*, New York, Knopf Press, 1927. Sobre bandas delictivas: F. THRASHER, *The Gang: a study of 1313 gangs in Chicago*, University of Chicago Press, Chicago, 1928.

¹⁵ Una excelente síntesis de este punto en: Gustavo BUZAI, *Mapas sociales urbanos*, Buenos Aires, Lugar, 2003, pp. 35-39.

puestos que abonaban su mirada sobre la ciudad. Así como la dimensión espacial permaneció a resguardo de las críticas, el componente social fue contrastado a la luz de nuevas formas de entender a los sujetos. Esa idea algo rígida que tenía a los migrantes como marionetas de un escenario que brindaba escasas oportunidades, perdería impulso conforme avanzaba una mirada que valoraba la agencia de los mismos. Si los migrantes comenzaban a ser vistos como sujetos racionales, que utilizaban diferentes clases de recursos para cumplir con sus objetivos, era complicado seguir identificando a los barrios segregados como focos de anomia. En todo caso, era más lógico entenderlos como "sitios donde los recién llegados, apelando a su cultura y habilidades premigratorias, respondieron con inteligencia y con bastante éxito a nuevos desafíos."¹⁶ De esa mayor apertura teórica nacería la idea de "asentamiento" que venía a reemplazar una de las imágenes más repetidas de la sociología norteamericana: el enclave étnico.

Puede que a primera vista este viraje no sea más que un juego de palabras, sin mayor influencia en el estudio de la estructura urbana. Una mirada más atenta, sin embargo, permitiría observar un profundo cambio en el abordaje de los espacios que formaban a las ciudades de rápido crecimiento. A cierta distancia de esa naturaleza insular que encerraba la idea de *ghetto*, los asentamientos mostraban una mayor comunicación con el resto de la sociedad y, por supuesto, eran el lugar de residencia de diferentes grupos migratorios. En el fondo se trataba de otra forma de imaginar a la sociedad que abandonaba a la homogeneidad como horizonte y consideraba a la heterogeneidad como un rasgo inevitable. Los *ghettos*, aunque guardaban distancia respecto de la cultura dominante, aparecían como abanderados de aquella manera de pensar la ciudad. Después de todo, en su interior se reproducía, a menor escala, una anatomía desprovista de rugosidades. La idea de asentamiento, en cambio, tomaba un punto de partida opuesto. Entendía que las sociedades eran en esencia heterogéneas y, por ese motivo, convivían en su interior grupos, familias e individuos que interactuaban desde esa diversidad.¹⁷ El secreto para mantener la unidad de este "todo fragmentado" se alojaba en la fuerza de los mediadores. Esa geografía llana que cubría con su manto a los diferentes espacios de la ciudad era relevada por otra más interesada en las diferencias, pero también en los puentes que enlazaban a los sectores que la conformaban.

No es nuestra intención aplicar mecánicamente un programa de investigación norteamericano a una ciudad patagónica. Se trata, en todo caso, de hacer un uso flexible del mismo capaz de reunir en una misma aproximación la ecología urbana, el origen migratorio y el lugar ocupado en la estructura profesional. La utilización "heterodoxa" de estas herramientas hace que este estudio pueda ser sumado a la literatura sobre la inmigración en áreas urbanas desde un lugar poco habitual. Salvo algunos trabajos aislados, los patrones de asentamiento de los migrantes en las ciudades intermedias no han sido una temática mayormente abordada. Lo mismo podríamos decir sobre el marco temporal. Como ya dijimos, la segunda mitad del siglo XX se nos presenta como un territorio inexplorado y, por

¹⁶ José MOYA, *Primos y extranjeros...* cit., p. 142.

¹⁷ Fernando DEVOTO, *Historia de la inmigración...* cit., p. 346.

esa razón, puede servir de laboratorio para *testear* modelos que mostraron solvencia en otros escenarios.

"Lo nuevo que nace y lo antiguo que se resiste a morir..." Neuquén hacia mediados del siglo XX

En la superficie, el Neuquén que encontraron los migrantes que llegaron en la década de los '60 no era muy diferente a la aldea de comienzos del siglo XX. Una visita por las manzanas del trazado original nos devolvería una imagen sin demasiado brillo. El insuficiente servicio de recolección de residuos multiplicaba los focos infecciosos dando a la ciudad una apariencia de abandono.¹⁸ Los abundantes terrenos baldíos eran los lugares elegidos para depositar distinto tipo de desperdicios que "luego aparecían dispersos en la vía pública."¹⁹ La reducida extensión de los desagües cloacales volvía a los pozos negros una solución que no dejaba de plantear nuevos problemas. En la medida que su limpieza debía ser solventada por los vecinos, era habitual encontrar pozos saturados de donde fluían aguas servidas. Esta situación, que alarmaba a las autoridades de turno, parecía atravesar al conjunto de la población. Las actas labradas por los inspectores municipales no sólo involucraban a los habitantes más humildes, con obvias dificultades para sufragar ese gasto, sino también a comerciantes de renombre, artesanos especializados, clínicas y hasta a las propias Fuerzas Armadas.²⁰

Tan preocupantes como los problemas de higiene eran las falencias edilicias que presentaba el centro neuquino. Aunque se trataba de una ciudad joven, a salvo de los riesgos de construcciones centenarias, eran abundantes las viviendas con fallas estructurales.²¹ Cuando esta clase de problemas era irreversible, amenazando la seguridad de los moradores y transeúntes, las autoridades de turno aprobaban una medida por entonces habitual: la demolición de las estructuras afectadas.²² Las edificaciones oficiales no estaban al margen de esta situación. La pobreza material del municipio, sumada a la limitada oferta de alquileres, obligaba a las autoridades a rentar locales que no siempre reunían las mejores condiciones. Una detallada pericia realizada al Registro de la Propiedad Municipal nos ponía al tanto de severos problemas que, de no mediar reformas urgentes, multiplicaban las chances que el edificio cediera por su propio peso.²³

¹⁸ ARCHIVO HISTÓRICO DE LA MUNICIPALIDAD DE NEUQUÉN (en adelante: AHMN), Gestión de Gobierno, Caja 1, 1960, nota 409.

¹⁹ AHMN, Gestión de Gobierno, Caja 6, 1966, nota 344.

²⁰ AHMN, Libro Copiador 41, 1960, fs. 317 y 450; Libro Copiador 43, 1963, f. 307.

²¹ En la primera cuadra de la avenida más importante de la ciudad encontramos un edificio que "en su living comedor principal tenía dos vigas de adorno con rajaduras en los tercios medios que se presume sostiene el cielorraso" (AHMN, Gestión de Gobierno, Caja 1, 1960).

²² AHMN, Libro Copiador 41, 1960, fs. 240 y 419.

²³ AHMN, Gestión de Gobierno, Caja 5, 1966, nota 483.

Los espacios públicos eran otro de los blancos elegidos por los vecinos para lanzar sus críticas. El proyecto urbanístico original, empapado en las ideas positivistas de comienzos del siglo XX, contemplaba la instalación de plazas como un remedio para combatir el desierto. La Avenida Argentina, eje de circulación norte-sur, había sido pensada como un boulevard que reservaba, para cada una de sus cuadras, un considerable espacio para la instalación de jardines y especies arbóreas. A una distancia similar de esta arteria, se ubicaban dos plazas tradicionales que funcionaban como reservorios naturales en un trazado que tenía a la grilla como sinónimo de civilización. Hacia mediados de siglo, sin embargo, esa intención estaba lejos de verse cristalizada. Aquella idea que entendía a los parques como "escuelas de igualdad", capaces de alejar a los niños de las malas influencias y lugar elegido para el desarrollo de las actividades comunitarias, parecía desvanecerse sin remedio.²⁴ En su lugar aparecían plazas cercadas que obstaculizaban el tránsito peatonal, obligando a los vecinos a realizar enormes rodeos. Al mismo tiempo, el estado de abandono que presentaban, con baños "que dejaban mucho de desear"²⁵ y una iluminación insuficiente, sólo servía "de abrigo a parejas de noche y de día prácticamente pasaba desapercibido para el público."²⁶ Por más que esa ciudad que daba sus primeros pasos en 1904 aparecía como la perla del reformismo liberal, una suerte de "La Plata patagónica", pocos puntos de esa agenda original habían sido alcanzados.

Detrás del telón de continuidades asomaban cambios que llamaron la atención de los vecinos más antiguos y hasta de las propias autoridades. Los más evidentes estaban relacionados con la explosión de los antiguos límites de la ciudad. Con la incorporación de los terrenos cedidos por el "Automóvil Club Neuquino", en las cercanías del puente carretero sobre el río Neuquén, y las compradas a la "Sociedad Nueva España", al norte de la ciudad, el ejido urbano adquiriría su forma definitiva (Mapa 1). En las tierras ganadas a las bardas, el municipio se propuso "un estudio integral y planificado de urbanización y posible expansión de la ciudad, cuya población requiere incesantemente tierras para sus viviendas."²⁷ Un primer paso en esa dirección fue dado cuando sus autoridades, en colaboración con diferentes organismos públicos, pusieron en marcha un plan de forestación que sirvió de remedio a uno de los problemas que con insistencia había afectado a la ciudad: los aludes.²⁸ La superficie forestada funcionó como un dique de contención corrigiendo los efectos de esas "avenidas de agua que provenían de las lomas", pero además como una condición indispensable para colonizar y edificar la superficie restante.²⁹

²⁴ Adrián GORELIK, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2004, p. 294.

²⁵ AHMN, Gestión de Gobierno, Caja 2, 1962, nota 390.

²⁶ Ibid.

²⁷ AHMN, "Sobre ampliación de planta urbana", Expediente 10, "L", 1961.

²⁸ Gracias a dos perforaciones realizadas por YPF en la parte alta de la barda y al asesoramiento técnico de la Dirección Nacional de Bosques fue inaugurado un sistema de irrigación que rompería con la aridez del área, posibilitando la plantación de diferentes especies arbóreas (AHMN, Gestión de Gobierno, Caja 2, 1961, nota s/n).

²⁹ AHMN, *Memoria de Gestión (1958-1961)*, Municipalidad de la Capital, 1961, f. 7.

Pese a la enorme publicidad que recibió la expansión del ejido, la urbanización real de las nuevas áreas debió esperar algún tiempo. Los conflictos entre los estados municipal y provincial por el destino de los solares incorporados, sumados a diferentes operaciones especulativas, atentaron para que ello no sucediera. Eso no fue obstáculo para que litros de tinta se utilizaran para trazar un plan que reflataba aquella vieja idea de transformar la naturaleza patagónica. En este caso, el dominio de la accidentada geografía neuquina era acompañado por una idea que venía a romper con la perfecta geometría del trazado original. Esa grilla regular, atravesada por cuatro diagonales, era reemplazada por un "barrio parque" que poco entendía de simetrías. (Mapa 1 del Anexo) El reformismo de la época se esforzaba en demostrar la capacidad que tenían estos espacios, de irregular trazado y múltiples instituciones públicas, para fortalecer la trama asociativa y apartar a la ciudad del peligro de la despersonalización. Las tierras incorporadas a la ciudad, desde esta novedosa pero inconclusa mirada, funcionarían como un banco de pruebas a un discurso que pretendía eliminar su carácter provisorio y reforzar la idea de comunidad por sobre la homogeneización modernizadora.³⁰

Pero más allá de las discusiones sobre la ciudad imaginada, ¿Qué sucedía en la ciudad real? Alejada del campo de las abstracciones, comenzó a mostrar novedades que rompieron con la calma territoriana. Una de ellas fue el problema del tránsito. La creciente población neuquina se tradujo en el desarrollo del parque automotor, generando trastornos que no eran habituales en el pasado. Los accidentes viales ganaron terreno hasta convertirse en una de las cuestiones que desvelaba a las autoridades. Con el propósito de disminuir su impacto en el funcionamiento de la ciudad, el municipio puso en marcha una decidida política de persecución de aquellos propietarios que "no reúnan las condiciones exigidas por la reglamentación respectiva, tales como silenciador de ruidos, luces y frenos."³¹ Junto a las tareas de vigilancia, que pasaron a manos de la policía local, fueron habituales campañas radiales que avisaban de la conveniencia de cumplir con la normativa de tránsito vigente. Pero las medidas adaptadas hubieran sido inútiles si no se adecuaba la infraestructura de la ciudad al mayor tránsito en sus calles céntricas. Con ese propósito se iniciaron gestiones ante la empresa de ferrocarriles a fin de instalar barreras y campanillas en los más importantes pasos a nivel de la ciudad.³²

El crecimiento de la ciudad también se reflejó en el desarrollo de un incipiente sistema de transporte público. En 1960, los veinticinco taxis que circulaban por la ciudad eran insuficientes para cubrir la creciente demanda del servicio, ocasionando inconvenientes en los horarios pico, fundamentalmente cuando arribaban los trenes provenientes de Buenos Aires.³³ La escasa disponibilidad de vehículos facilitaba el cobro de tarifas indebidas que "redundaban en el desprestigio del gremio, sus autoridades y la comuna, a la par que para el turista resulta

³⁰ Adrián GORELIK, *La grilla y el parque...* cit., p. 323.

³¹ AHMN, Gestión de Gobierno, Caja 2, 1961, nota 21.

³² AHMN, Gestión de Gobierno, Caja 1, 1960, nota 363 y Caja 2, 1961, nota 393.

³³ AHMN, Gestión de Gobierno, Caja 1, 1960, nota s/n.

un motivo desagradable y por ende negativo para la ciudad."³⁴ Sólo seis años después la cantidad de vehículos habilitados se había incrementado en diez y los cuadros tarifarios estaban bajo la supervisión de una secretaría creada a tal fin.³⁵ Pero este no fue el único rubro donde se distinguieron cambios de peso. El transporte colectivo de pasajeros, aunque todavía lejos de la dimensión lograda en los años '80, se deshizo de ese velo de provisionalidad que lo revestía. Las abundantes denuncias que avisaban a las autoridades de la existencia de vehículos al margen de la normativa, sin licencia y con serios problemas técnicos, fueron cada vez más esporádicas. Al mismo tiempo, los permisos oficiales para explotar líneas, que conectaban el centro de la ciudad con los vecindarios más alejados, comenzaban a ser un lugar común de la administración municipal.³⁶

De este recorrido por las manzanas centrales emerge una pregunta cuya respuesta nos permitiría completar el retrato de la ciudad: ¿Qué sucedía en los vecindarios más alejados? Al igual que en las primeras décadas del siglo, el campo proseguía su invasión a la ciudad. A menos de veinte cuadras del monumento a San Martín, en el centro neuquino, se podían hallar campos dedicados a la cría de ganado, corrales y quintas que convivían con numerosas chacras muy próximas a las áreas dedicadas al comercio y la administración. La fuerza de las continuidades no debería ocultar un elemento a todas luces novedoso: una nueva ciudad se estaba construyendo en los bordes de la ciudad tradicional. Este nuevo espacio se encontraba, en gran medida, desconectado de la grilla trazada al momento de la fundación. Con calles laberínticas y la falta de los más básicos servicios públicos, se comportaba como una zona de frontera al interior de una ciudad que complejizaba su estructura. En parte resultado del fraccionamiento de chacras no demasiado productivas y en parte de la ocupación de terrenos fiscales, los vecindarios más retirados funcionaban, al decir de Gorelik, como avanzadas domésticas de un campamento provisorio.³⁷ Los testimonios de la época no dejan lugar a dudas. En las cercanías del matadero, en el sureste del trazado urbano, nos topamos con "cuadros para tener ganado, con pasto y arroyitos (a su disposición)."³⁸ Era habitual que allí la hacienda ingresada a la comuna hiciera su último engorde antes de la faena. Los servicios en esa zona se reducían a una canilla comunitaria y a la electricidad que proveía la Cooperativa de Agua, Luz y Fuerza. La falta de gas, por su parte, era compensada con leña extraída de los bosques que seguían el curso del río Limay y los desagües a cielo abierto volvían al aire irrespirable.³⁹ Los campamentos de gitanos, con sus carpas comunitarias y actividades marginales, amén de ser una preocupación para las autoridades,⁴⁰ alternaban con viviendas

rudimentarias en un paisaje típicamente suburbano.

³⁴ AHMN, Gestión de Gobierno, Caja 2, 1961, nota 110.

³⁵ AHMN, Gestión de Gobierno, Caja 5, 1966, nota 369.

³⁶ AHMN, Libro Copiador 42, 1961, f. 58.

³⁷ Adrián GORELIK, *La grilla y el parque...* cit.

³⁸ ARCHIVO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE NEUQUÉN (en adelante: AHPN), Caja Barrios, *Belgrano. La memoria de su gente*, Neuquén, 1989, p. 9.

³⁹ *Ibid.*, p. 21.

⁴⁰ AHMN, Gestión de Gobierno, Caja 1, nota 384.

Este tipo de imágenes se repetía en otros sectores de la ciudad. En los terrenos que sirvieron de asiento al barrio el Progreso, hacia comienzos de la década de los '60, "no había luz, la calefacción era a leña y el agua se bombeaba desde un canal, también usado para que beban los animales o para el riego de las quintas que algunos vecinos tenían."⁴¹ El aspecto semi-rural del área era realizado por la existencia de un tambo y periódicos arreos de ganado que complicaban el tránsito por las mal delimitadas calles. En las tierras linderas con el puente carretero-ferroviario, donde poco tiempo después se edificaría el barrio Sapere, la situación no era más halagüeña (Mapa 1). Habitado por los damnificados de las inundaciones de 1958, recién contaría con un servicio de agua corriente en las postrimerías de la década de los '60. Si bien las autoridades municipales iniciaron las gestiones para atender una población compuesta por más de quinientas familias, la respuesta de Obras Sanitarias de la Nación no se destacó por su celeridad.⁴² A la falta de agua corriente debemos sumar la ausencia de electricidad y gas, delineando un sector que para 1967 todavía se encontraba en el casillero de "sin servicios".⁴³

Ahora bien, señalar los problemas de infraestructura que caracterizaba a las áreas más alejadas del centro, no equivale a pensarlas desde el prisma de la uniformidad. La mirada de los contemporáneos nos brinda suficiente evidencia para cuestionar ese punto de vista. En un informe realizado sobre finales de la década de los '70, un periodista señalaba cómo, en los tempranos '60, la ciudad "se había distendido desde el pueblerino centro hacia los cuatro puntos cardinales."⁴⁴ En un intento por trazar una cartografía de sus servicios, nos ponía frente a doce áreas que, aunque compartían una menor consistencia que el centro, tenían importantes diferencias entre sí. Al tope de su clasificación colocaba a barrios que habían abandonado ese carácter de *puzzle* de vecindarios. Con comisiones vecinales funcionando desde temprano, contaban -en mayor o menor medida- con los principales servicios públicos. Si bien no encontramos allí desagües cloacales, sistemas de alumbrado potentes o calles asfaltadas, conformaban un cinturón de barrios que no estaban sumergidos en una situación crítica. En esa columna encontramos áreas de antiguo poblamiento que sólo algunas décadas antes estaban totalmente desconectadas del tejido urbano neuquino. En los barrios Mariano Moreno, Villa Florencia, Villa Farrell, Nuevo y -en parte- Belgrano nos topamos con "casas de material con agua y luz" que albergaba a una población formada por "obreros y empleados de empresas estatales, privadas y comercio."⁴⁵

Un panorama completamente diferente se observaba en otros vecindarios suburbanos. Nacidos cuando la ciudad había iniciado su despegue demográfico, estos espacios mostraban una estructura menos consolidada. En los albores de los '60, estas zonas se habían ganado

⁴¹ AHMN, Caja Barrio "El Progreso", f. 1.

⁴² Diario *Tribuna del Sur*, Neuquén, 16 de agosto de 1961 p. 4.

⁴³ AHPN, *Neuquén, 75 años de capitalidad*, 1979, p. 127.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Ibid.*

el mote de "villas precarias" o "cordón de emergencia", debido al retraso que evidenciaban en materia de servicios.⁴⁶ A bastante distancia de los barrios más antiguos, estos sectores presentaban viviendas construidas con materiales como abobe, chapas, madera y, en casos extremos, hasta cartón. La falta de edificaciones consolidadas se complementaba con una población compuesta de "changanines, peones, obreros y jornaleros."⁴⁷ Esta descripción, aunque panorámica, funcionaba para retratar a las áreas conocidas como Bouquet Roldan, Villa Maria, la Sirena, Sapere y los vecindarios que poco tiempo después formarían el barrio Progreso (Villa Tiro Federal y Vítale). A todas ellas debemos sumar los vecindarios que sobrevivían en los márgenes de las colonias agrícolas Confluencia y Valentina, donde sus habitantes alternaban el 'trabajo para otros' con prácticas de subsistencia.

En este paisaje suburbano, todavía a una enorme distancia de las manzanas céntricas, advertimos una transformación fundamental. A comienzos de la década del '60 emergió una unidad que daría forma a la periferia neuquina: 'el barrio'. No creemos que esta idea pueda ser asociada con una delimitación en sentido jurisdiccional. Es más adecuado pensarla como el punto de llegada de un proceso de interacción que va a fortalecer un sentido de identidad de los sectores populares. Se trataba del pasaje de una multitud de vecindarios dispersos, todos ellos desconectados del tejido urbano original, en un espacio reconocible desde un punto de vista social y cultural.⁴⁸ En esos espacios se generaron relaciones "cara a cara", resultado de la necesidad y del aislamiento, que dieron lugar a diferentes formas de mediación. Se trataba de redes de resolución de problemas que, luego de iniciar gestiones ante las autoridades competentes, ganaron en organicidad hasta convertirse en instituciones reconocidas. De ahí que el pasaje de un momento al otro esté dado por la formación de *comisiones de fomento* que incorporaron definitivamente a los suburbios al espacio público local. La provisionalidad de los vecindarios era así anulada por un salto cualitativo que acompañaba a la explosión demográfica: un espacio fragmentado era relevado por un territorio identitario compacto del cual participaban una multitud de actores sociales. Conviene pensar, como advierte Gorelik, en "un artefacto moderno producido sobre el mismo curso de la modernización, la aparición de una forma sobre la indiferenciación de la grilla."⁴⁹

Es interesante distinguir cómo este nuevo proceso no involucraba al conjunto de los espacios suburbanos neuquinos. Al mismo tiempo que las áreas más consolidadas albergaban una densa trama de instituciones -que comenzaba con las comisiones de fomento pero no se restringía sólo a ellas-, las surgidas durante los años '60 se encontraban rezagadas en ese rubro. Quizás por eso vemos en los primeros claros ejemplos de barrios que iniciaban su participación en un espacio público local y para los restantes sea mejor utilizar el concepto de

⁴⁶ Ibid.

⁴⁷ Ibid.

⁴⁸ Adrián GORELIK, *La grilla y el parque...* cit., p. 273.

⁴⁹ Ibid., p. 274.

vecindarios. De cualquier forma el funcionamiento de instituciones de carácter vecinal, como los clubes, peñas o bailes, sumados a un sinnúmero de reclamos que los vecinos elevaron -por medio de las comisiones de fomento o asociaciones *ad hoc*-, nos muestra una realidad que discute la idea del avance avasallante de la ciudad tradicional. Los suburbios neuquinos no fueron el producto de un efecto de arrastre desde el trazado original hacia los márgenes. Por el contrario, se comportaban como territorios socialmente producidos que no sólo albergaban una identidad propia, nacida en la necesidad de resolver problemas cotidianos, sino además una vida que se desarrollaba a espaldas de la ciudad tradicional.

Repasadas las características de los espacios nacidos al calor del despegue demográfico neuquino, una pregunta es inevitable: ¿Qué denominadores comunes encontramos en esa multitud de experiencias que, en apariencia, no estaban conectadas entre sí?

Comencemos por el trazado original. Allí el paisaje urbano hablaba por sí mismo: las manzanas que modelaban el centro neuquino pasaban por un momento de transición. Es verdad que algunos rubros todavía estaban alineados con el pasado territorial. El aspecto abandonado, la higiene o un estado municipal mínimo fueron quizás los elementos más visibles. Otros, sin embargo, estaban sintonizados en una frecuencia completamente diferente. Aunque la infraestructura urbana estaba a la zaga de otras ciudades de mayor tradición, no menos evidentes fueron las novedades que la surcaron: la ciudad perdía su carácter de frontera, esa eterna provisionalidad, para desandar un sendero de complejización edilicia y, por supuesto, social. Pero es en los suburbios donde notamos transformaciones de verdadero peso. Detrás de la ciudad tradicional, desarrollada al compás de la extensión de la grilla, estaba naciendo una ciudad que no se ajustaba a esa plantilla conceptual. Los suburbios neuquinos eran, a mediados del siglo XX, una combinación de vecindarios donde no podemos observar procesos de identificación y barrios que contaban con un importante poder de presión sobre las autoridades municipales. Es muy complicado ver en esas formas urbanas enclaves étnicos monolíticos al estilo de los *ghettos* norteamericanos. Encontramos, en todo caso, procesos de interacción que dieron lugar a identidades híbridas donde dialogaron pautas culturales premigratorias y las nacidas en los espacios de recepción.

En este punto, los barrios y vecindarios convergen con la idea de *asentamiento*, devolviendo complejidad a un proceso que fue analizado desde la uniformidad. La historiografía regional, más preocupada en examinar fenómenos económicos a escala provincial, daba por sentado que la ciudad había experimentado una explosión demográfica que estiraría sus límites. La forma en que ello sucedió, su influencia en la ecología urbana y los patrones residenciales seguidos por quienes colaboraron en ese proceso quedaron sumidos en un profundo interrogante. Inaugurar ese sendero de indagación nos pone frente a la necesidad de responder algunas preguntas: ¿Dónde se asentaron los migrantes que llegaban a la ciudad? ¿Qué diferencias presentaron respecto a la población nativa? ¿Existe mezcla habitacional entre ellos? ¿Cómo interactuaron el origen migratorio y la posición socio-ocupacional? ¿Podemos analizar a Neuquén a la luz del modelo de Burgess?

El asentamiento de los migrantes en una ciudad cambiante

Los lentos ritmos de la economía territorialiana no hicieron de Neuquén un destino migratorio masivo.⁵⁰ Eso no impidió que, debido al vacío de población que siguió a la ocupación militar de la Patagonia, los migrantes siempre hayan mostrado una importante participación dentro del total. No es de extrañar que esa situación haya conectado a Neuquén con otras regiones y, por su cercanía geográfica, con países limítrofes como Chile. Ese universo de relaciones tendría su influencia en la experiencia migratoria neuquina. Cuando su economía produjo el despegue, producto de incorporarse a la órbita nacional como proveedora de energía,⁵¹ se activaron las cadenas adormecidas y comenzaron a transportar un mayor caudal de información, ayuda y personas.⁵² Estas nuevas coordenadas productivas permitieron un sostenido incremento de la población no nativa, que se reflejaría en la elevada desproporción entre contrayentes nativos y llegados de otras regiones: dos terceras partes de quienes decidieron contraer nupcias, durante los años '60, habían nacido fuera de Neuquén.

La revitalización de lazos que habían permanecido entumecidos por largo tiempo nos dice mucho sobre las pautas de asentamiento. Quienes llegaron a la ciudad en las primeras décadas del siglo XX, atraídos por las actividades que animaban su vida económica, se instalaron en el centro administrativo y comercial. Por esta razón, las cadenas activadas tendieron a llevar a los recién llegados a un sector de la ciudad que había concentrado a la mayoría de la población en las décadas previas. Cerca de un quinto de los migrantes residían en alguna de las manzanas que modelaban el centro neuquino. Una proporción similar de los nativos habitaba en el mismo espacio, mostrando a las claras que no se trataba de un espacio segregado. Conviene pensarlo como un área donde convergieron -en diferentes cantidades, por supuesto- los patrones residenciales de estos dos grandes agregados. No obstante, a cierta distancia de lo ocurrido en el pasado territorialiano, los migrantes presentaban una composición totalmente diferente: los llegados del otro lado del Atlántico perdieron su importancia, al mismo tiempo que los migrantes argentinos comenzaban a ganar terreno.

⁵⁰ Es importante recordar que en 1880 se llevó a cabo la ocupación militar de la Patagonia. Algunos años después se sancionó la ley 1532/84 que creó el Territorio Nacional de Neuquén. La nueva legislación establecía una entidad jurídica que, a diferencia de las provincias, funcionaba como una circunscripción administrativa a cargo del Poder Ejecutivo Nacional. Esa etapa concluye en 1955 cuando Neuquén adquirió su condición de estado autónomo en el marco del peronismo. Para profundizar en torno al largo proceso de provincialización: Mario ARIAS BUCCIARELLI, "Tendencias en el proceso de conversión de territorios nacionales a provincias. La pervivencia de un horizonte referencia", *Revista de Historia*, Neuquén, 1996.

⁵¹ El despegue económico de la nueva provincia se dio de la mano del creciente peso de la actividad hidrocarburífera y de la construcción de grandes obras públicas (el Complejo Chocón- Cerros Colorados es la muestra más clara de esto). Sobre este punto: Joaquín PERREN, "Érase una vez en la Patagonia. Luces y sombras de la economía neuquina (1958-1990)", *Observatorio de la economía y la sociedad latinoamericana*, Universidad Internacional de Andalucía, Málaga, núm. 82, 2007.

⁵² José MOYA, *Primos y extranjeros...* cit., p. 146.

Quienes integraban las nuevas corrientes, que tenían poca o nula relación con los habitantes más antiguos de la ciudad, tendieron a ubicarse en los barrios nacidos con la expansión de la ciudad. Villa Maria, acorralada por los brazos del río Limay, fue una de estas zonas. Hacia mediados del siglo XX, un migrante que llegaba a estas tierras no tenía problemas para definirlos como "varios ranchitos de adobe [...] que quedaban limpios cuando llegaban las crecientes."⁵³ Las periódicas inundaciones reforzaban el carácter provisorio de este vecindario, obligando a sus habitantes a instalar defensas precarias que poco podían hacer para detener "calles que parecían ríos."⁵⁴ La distancia respecto al centro de la ciudad no sólo estaba relacionada con el aspecto edilicio. La particular situación geográfica de este sector era otro ingrediente que la acentuaba: se trataba de una isla que, rodeada de arroyos, tenía "su único acceso en una pasarela precaria de hierro"⁵⁵ y, en lugar de calles, contaba con huellas en muy mal estado. En total, el 16% de los migrantes vivían en Villa Maria en comparación con el 6% de la población nativa.

La tercera zona que albergaba una importante cantidad de recién llegados, el asentamiento ubicado en las tierras de la colonia Bouquet Roldan, en el borde occidental de la ciudad, era de menor relevancia. El 12% de los migrantes que residían en Neuquén y un similar porcentaje de la población nativa vivía allí. Lo que durante largos años había funcionado como un espacio destinado a la agricultura intensiva, sobre mediados del siglo XX albergaba una población con enormes dificultades para encontrar una residencia en el centro de la ciudad. La escasa oferta habitacional, sumada a los elevados precios de los alquileres, fomentaron la instalación de recién llegados en un área que por mucho tiempo fue conocida como "barrio de intrusos".⁵⁶ El 70% de residentes que habían nacido fuera de la ciudad, aunque a la zaga de otros vecindarios de similares características, constituye una prueba que refuerza esa caracterización.

En términos generales, podríamos decir que existe una importante mezcla habitacional entre nativos y migrantes. El índice de diferencia (Id) entre ambos confirma la solidez de este enunciado. Este indicador, que representa el porcentaje de un grupo determinado que debería mudarse para lograr la desagregación total con respecto a otro, oscila en un rango que va desde 0 (integración total) y 100 (segregación total).⁵⁷ Los valores que se encuentran por

⁵³ AHPN, Caja Barrios, *Villa Maria. La memoria de su gente*, Neuquén, 1989, p. 1.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 12.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 4.

⁵⁶ Diario *La Capital*, 6 de octubre de 1956 p. 4. Cit. en Enrique MASES y otros, *El mundo del trabajo en Neuquén (1930-1970)*, Neuquén, EDUCO, 1998, p. 110.

⁵⁷ El Índice de diferencia (Id) representa el porcentaje de un grupo que debería mudarse para lograr una segregación total con respecto a otro grupo. Los valores oscilan entre 0 (integración total) y 100 (segregación total). La fórmula para calcular el índice de diferencia: $Id = \frac{1}{2} S (X_i - Y_i)$, donde X_i es la proporción de todos los miembros de cualquier grupo que reside en un área de la ciudad e Y_i la proporción de los miembros de un segundo para el mismo sector. Ver: José MOYA, *Primos y extranjeros...* cit., p. 150. Una discusión metodológica sobre este indicador en: O. DUNCAN y B. DUNCAN, "Methodological analysis of segregation

debajo del umbral de 30 indican una segregación baja, que discute los alcances del concepto de enclave. Para el caso de Neuquén, un *Id* cercano a 17 contradice el concepto de *Guetto* con tanta fuerza como el revisionismo norteamericano. (Tabla 1 del Anexo) Los asentamientos de migrantes, tanto argentinos como extranjeros, no eran de ninguna manera homogéneos y, menos aún, impermeables a la influencia venida del exterior.

A primera vista, la diversidad habitacional por origen migratorio parecía más pronunciada que su mezcla por estratos. Las opiniones de la época se esforzaban en mostrar un espacio donde los lazos de solidaridad modelaban una sociedad sin contrastes extremos. No era difícil encontrar habitantes humildes que se enorgullecían del fluido diálogo que mantenían con algunos de los vecinos más encumbrados de la ciudad. Esta convivencia se hacía todavía más fuerte en ocasión de alguna circunstancia adversa. Las crónicas de las inundaciones que afectaron a los barrios recostados sobre el río Limay son una buena señal de eso. Las sensaciones de los afectados indicaban la destacada participación de la "gente bien" en las tareas de rescate de los residentes más perjudicados, así como en la recolección de víveres y fondos para reconstruir las zonas anegadas. Estas actitudes nos podrían conducir a una conclusión alineada con un postulado básico de la sociología urbana norteamericana: las "ciudades peatonales", tan propias del mundo preindustrial, estaban a salvo de los profundos clivajes que atravesaban a las sociedades modernas. Sin embargo, en caso de abandonar el impresionismo de testimonios aislados, que no dejan de ser la punta de un enorme *iceberg*, puede que divisemos un panorama completamente diferente. Detrás de la cercanía de algunos integrantes de las clases acomodadas y quienes ocupaban la base de la estructura ocupacional, se ocultaba una realidad de segregación social.

Con el propósito de medir este fenómeno, calculamos el índice de diferencia entre los habitantes que se alojaban en los extremos de la clasificación profesional. Mientras que en una primera columna colocamos a los miembros de los estratos superiores ("no manual alto" y "profesional bajo" y "alto"), en una segunda ubicamos a quienes desempeñaban trabajos manuales semicalificados y otros que no requerían conocimientos específicos. El resultado de esta operación -un *Id* próximo a 80- no deja lugar a la imaginación y, menos aún, a conclusiones nacidas de amontonar testimonios inconexos. (Tabla 2 del Anexo) Parece claro que la segregación social era significativamente mayor que la basada en el lugar de nacimiento. Y en esa conclusión las fuentes nominales empleadas ofrecen una ventaja operativa: una metodología basada en las actas matrimoniales consigue capturar una población justo cuando se establecen las tendencias laborales de más largo plazo. De haber incluido a menores de edad -solteros, por supuesto- estos resultados hubieran aparecido deformados. Esto debido a que los primeros tramos de la trayectoria laboral suelen estar ligados a empleos poco calificados que, por estar distribuidos de forma uniforme en la ciudad, subestiman la segregación por clase.

index", *American Sociological Review*, núm. 20, 1955, pp. 210-217. Excelentes aplicaciones de este índice en: Hernán OTERO y Adela PELLEGRINO, "Compartir la ciudad..." cit., pp. 19-55 y José MOYA, *Primos y extranjeros...* cit., pp. 139-215.

De un análisis del nivel ocupacional para los diferentes barrios neuquinos se desprende no sólo una significativa segregación, sino también un esquema análogo al modelo de zonas concéntricas de Burgess, aunque en una dirección exactamente opuesta.⁵⁸ La propuesta de la Escuela de Chicago se esforzaba en demostrar que el nivel social de los habitantes aumentaba conforme nos alejamos del centro de la ciudad. En Neuquén, hacia mediados del siglo XX, ese nivel disminuía a medida que realizamos el mismo movimiento. En su área central encontramos los más altos niveles de empleo en los peldaños superiores de la estructura ocupacional y, al mismo tiempo, una proporción bastante menor de trabajadores semicalificados o sin calificación. (Tabla 3 del Anexo) A continuación se levantaba un primer anillo que involucró una menor cantidad de profesionales y "trabajadores no manuales altos" -nunca superior al 10%- acompañada por una importante cantidad de vecinos empleados en los rubros menos prestigiosos. Allí encontramos algunos de los barrios más antiguos de la ciudad, muchos de los cuales habían servido de albergue a los sectores populares en las primeras décadas del siglo pasado. Mientras que en ese periodo albergaban actividades relacionadas con la "mala vida", siendo por ello una escala habitual de los discursos higienistas, en los primeros años de la provincia poco de esa caracterización quedaba en pie. Aunque no se trataba de los tradicionales barrios residenciales de clase media, tampoco eran "villas de emergencia" que carecían de los más básicos servicios públicos.

Con una ausencia total de personas empleadas en el vértice superior de la pirámide profesional, los vecindarios nacidos a mediados del siglo XX se presentan como el segundo anillo de la arquitectura urbana neuquina. A cierta distancia de lo sucedido en el área de más antiguo asentamiento, en esta zona encontramos un significativo peso de los trabajadores menos calificados, que oscila -según el barrio- entre 35% y 60% de la población. (Tabla 3 del Anexo) Esa particular composición social era en parte consecuencia de su reciente incorporación a la órbita de la ciudad y en parte resultado de una política de vivienda insuficiente. A diferencia de los restantes anillos, mucho más consolidados, las áreas periféricas conservaron por mucho tiempo ese aroma a tierra ganada al campo. Con la llegada de una incontrolable cantidad de migrantes, no es de extrañar que la oferta habitacional neuquina haya quedado rezagada con respecto a la explosiva demanda. En ese marco, diferentes formas de tenencia provisoria se convirtieron en moneda corriente, marcando el compás de una expansión urbana desordenada que sólo tuvo un reconocimiento como problema en los años '80.

Más allá que el modelo de zonas concéntricas de Burgess se haya dedicado originalmente a examinar a la ciudad en conjunto, algunos de sus discípulos usaron su capacidad explicativa para abordar grupos migratorios particulares. Como es lógico imaginar, los nuevos usos de esta herramienta de análisis sirvieron para reforzar las hipótesis originales. Tal cual sucedía con la población en general, a medida que nos alejamos del centro era visible una mayor parti-

⁵⁸ Conclusiones similares, pero para un espacio alejado en tiempo y espacio encontramos en los trabajos de Moya. Este especialista, escala obligada en cuestiones migratorias, creía necesario invertir el esquema de áreas concéntricas para adecuarlo al Buenos Aires de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Cfr. José MOYA, *Primos y extranjeros...* cit., p. 154.

cipación de los sectores más encumbrados que escapaban del deterioro del *Down Town*. El caso neuquino pareciera nuevamente desafiar la solidez de este enunciado. Al interior de cada grupo migratorio, la participación de trabajadores ubicados en el fondo de la estructura ocupacional aumentaba de forma proporcional a la distancia recorrida desde el centro. El caso de los migrantes chilenos y de quienes llegaban del interior neuquino grafica a la perfección esta progresión. Así como en el casco original de la ciudad no encontramos trabajadores manuales de baja calificación, los siguientes anillos albergaban a la totalidad de este tipo de asalariados. Pero no podríamos decir que ellos se distribuían armónicamente entre ambas áreas: mientras que los barrios más cercanos al centro capturaban sólo una cuarta parte de los mismos, el segundo anillo albergaba al restante 75%. (Tabla 4 del Anexo)

Esta situación no es casual y nos avisa de la fuerte correlación existente entre la radicación en la ciudad y el lugar ocupado en la estructura ocupacional. Un mejor empleo en los tramos iniciales de la experiencia migratoria se traducía casi con seguridad en una opción por las áreas más consolidadas, donde estaba a disposición una gama de servicios que difícilmente se conseguirían en los restantes anillos. En los años '60, los loteos realizados a cierta distancia del centro no eran atractivos para estos sectores, debido a la poca conectividad de la ciudad y, especialmente, porque no ofrecían las ventajas de la "vida moderna". Por ese motivo, no es casual que, ante la disyuntiva de ocupar parcelas cuya propiedad estuviera en disputa o alquilar una vivienda en las calles céntricas, los migrantes de mejor posición se hayan inclinado por la segunda opción. En las décadas siguientes, con la multiplicación de la oferta habitacional, pública y privada, fue posible conciliar dos objetivos que hasta ese momento habían permanecido divorciados: acceder a la propiedad y contar con diferentes servicios, antes concentrados en una pequeña porción de la ciudad.

Algo diferente ocurría con los migrantes que lograban insertarse en los escalones inferiores de la estructura ocupacional. El centro de la ciudad era para ellos una opción que complicaba el andamiaje de una trayectoria laboral ascendente. El periódico pago de un alquiler, las obligaciones que nacían del suministro de los servicios y las enormes dificultades que tenían para convertirse en propietarios, significaban que una considerable masa de recursos debía ser canalizada hacia áreas que no eran precisamente las de subsistencia. En ese contexto, no dejaba de ser seductora la posibilidad de ocupar un terreno periférico a la espera de una situación más propicia para acceder a la propiedad en las áreas consolidadas o, como finalmente sucedió, forjar allí redes que posibiliten la incorporación de estas barriadas al tejido de la ciudad. La fuerte actividad vecinal, sumada a un enorme caudal de pedidos informales -que incluían temas tan variados como la reparación de calles y puentes, la atención del servicio municipal de recolección de residuos o el transporte público-, son claras señales de una estrategia que desvanecía la posibilidad de convertirse en propietario en el centro de la ciudad. Se trataba, en todo caso, de concentrar los esfuerzos en una alternativa que no restase recursos a la economía familiar y, al mismo tiempo, permitiera en un lapso no muy prolongado acceder a la propiedad en un área que paulatinamente perdería su provisionalidad. Las manzanas céntricas, con sus hoteles, inquilinatos o pensiones, ofrecían a

los trabajadores de menor calificación una opción temporal que, de convertirse en permanente, restaba chances de transitar el camino de la integración social.⁵⁹

Patrones de asentamiento de los principales grupos migratorios

Tal como sucede con otros aspectos de la experiencia migratoria, en el diálogo entre el origen regional y posición socio-económica encontramos una segunda puerta de ingreso a los patrones habitacionales.⁶⁰ A diferencia del contraste entre nativos y migrantes, muy útil para pronosticar elementos panorámicos, las clasificaciones más acotadas nos proporcionan una base empírica adecuada para ensayar miradas concentradas de la realidad.

Pero la utilización de un lente más potente hace necesario formular nuevas preguntas y, desde luego, utilizar nuevos instrumentos de medición. Cuando nos preguntábamos acerca de la distribución de la población nativa y migrante, el índice de diferencia ofrecía una herramienta capaz de visualizar la existencia -o no- de cierta mezcla habitacional entre estos agregados. Esa utilidad se desvanece en caso de abordar la concentración de los principales grupos migratorios en los anillos que definieron la arquitectura de la ciudad. De ahí la importancia de hallar un indicador que nos permita relacionar la presencia efectiva de un grupo migratorio con la distribución que éste tendría suponiendo una disposición totalmente aleatoria.⁶¹ El índice de concentración (*Ic*) satisface este requisito y permite comparaciones entre grupos de diferentes tamaños. Así como el *Id* nos suministraba información de la segregación para el total de la ciudad, el *Ic* constituye una medida de la concentración observada en un grupo para una sección determinada.⁶²

El análisis de la población migrante en la ciudad de Neuquén muestra que los tres principales grupos presentaban una radicación espacial caracterizada por una mayor concentración en ciertas secciones de la ciudad. A pesar de las posibles variaciones artifi-

⁵⁹ Las autoridades municipales no eran ajenas a esta realidad y muchas veces canalizaban las demandas a los organismos competentes. En una nota elevada al presidente de la Cooperativa de Agua, Luz y Fuerza, el intendente neuquino aclaraba que: "...atendiendo a los reiterados pedidos que en forma verbal y escrita formulan frecuentemente los vecinos de esta ciudad y en especial los radicados en los barrios que la circundan, cada día más poblados [...] esta intendencia haciéndose eco e intérprete de la impostergable necesidad de servicio, solicita a las autoridades de la cooperativa quiera interesarse en la solución del problema arbitrando los medios para poner fin a lo que constituye un atentado contra la seguridad de las personas que viven en esos barrios..." AHMN, Gestión de Gobierno, Caja 3, nota 27.

⁶⁰ José MOYA, *Primos y extranjeros...* cit., p. 156.

⁶¹ Hernán OTERO y Adela PELLEGRINO, "Compartir la ciudad..." cit., p. 24.

⁶² El Índice de Concentración resulta de dividir la proporción de personas de un grupo dado en cada sección por la proporción de personas del mismo grupo en el total de la ciudad. Cuando ambas sumas son iguales el indicador tendrá un valor de 1. Los valores menores a 1 indican una menor presencia de un grupo que la esperable y los mayores de 1 muestran un mayor grado de concentración. (Hernán OTERO y Adela PELLEGRINO, "Compartir la ciudad..." cit., p. 25).

ciales, nacidas de unos límites que todavía no tomaban su forma definitiva, los tres grupos se distribuyeron de manera estable a lo largo del periodo estudiado. Los migrantes de otras provincias se agruparon sobre todo en las manzanas que daban forma al centro neuquino. A esa sobrerepresentación se correspondía una menor presencia en los barrios que conformaban el primer y el segundo anillo. Es interesante observar cómo la presencia de los migrantes de otras provincias se diluye a medida que nos alejamos de las secciones más consolidadas de la ciudad, donde la población contaba con menor cantidad de servicios públicos y predominaban las ocupaciones escasamente calificadas. Así pues queda establecido un *degradé* que muestra dos tonalidades: si en el primer anillo el Ic se aproximaba a 0,85, en las barriadas que conformaban el segundo anillo disminuía hasta ubicarse en un deslucido 0,66. (Tabla 5 del Anexo)

Una mirada sobre los patrones de asentamiento de la población nativa permite observar algunas similitudes con los migrantes de otras provincias. Como es lógico imaginar en una ciudad de repentino crecimiento, los neuquinos estaban concentrados en los sectores más antiguos y, sobre todo, en los barrios que conformaban el primer anillo de la ciudad. Con un Ic de 1,17 estamos en presencia de distritos que albergaron desde muy temprano a los sectores populares nativos o bien que sirvieron de residencia a neuquinos de primera generación, hijos de migrantes llegados en los albores de la etapa territorialiana. En el segundo anillo su concentración caía hasta llegar a 0,86, mostrando a las claras que los nativos no fueron los protagonistas excluyentes del proceso de expansión de la ciudad. El centro de la ciudad muestra, por su parte, una concentración cercana a 1. Eso quiere decir que presentaban una distribución similar a la del total de la población en ese sector de la ciudad. Con todo, la fuerte presencia de los nacidos en la ciudad en la cuadrícula original, superior al 20%, los ubicaba a la altura de los migrantes de otras provincias. En ese contexto, si bien no encontramos una identidad andamiada en la idea de *barrio*, no podríamos definirlo como un desierto asociativo. Por el contrario, distinguimos allí mecanismos que estimularon las relaciones entre los recién llegados y la población nativa. Si tenemos en cuenta que el centro de la ciudad concentraba al empleo no manual -especialmente el relacionado a la actividad comercial y administrativa-, el *lugar de trabajo* debió servir de base a lazos que no se limitaban al círculo más cercano de los migrantes. La escuela seguramente cumplió un papel similar. Un tenue sistema educativo volvía a los establecimientos céntricos los únicos disponibles para iniciar sociabilidades que, desde luego, trascendían la transmisión de conocimientos. Ambos ámbitos alentaron una fluida comunicación que tuvo a los estratos superiores como protagonistas, sin importar demasiado su origen migratorio.

En los migrantes que llegaban del otro lado de los Andes divisamos un comportamiento exactamente opuesto. Su concentración en el espacio de más antiguo poblamiento era extremadamente baja (0,25). En los barrios más consolidados de la ciudad, que por comodidad incluimos en el primer anillo, la situación no era muy diferente: un Ic de 0,69 nos pone en aviso que los chilenos afincados en la ciudad durante la etapa territorialiana no eran mayoritarios en esa área. En aquellos años era habitual un asentamiento temporal que seguía el calendario de la producción agrícola de la región y, por ese motivo, no acarrea una instalación definitiva en la ciudad. Nada de ello ocurrió en los barrios nacidos al calor de la

expansión urbana neuquina, muchos de cuales eran considerados "villas de emergencia" por las autoridades municipales. Notamos allí una fuerte presencia chilena que nos pone frente a una reorientación del perfil ocupacional hacia empleos urbanos o, en todo caso, una mezcla de éstos con labores rurales. En esas áreas, donde eran comunes las casas de abobe y las ingobernables inundaciones, su Ic se disparaba a niveles extraordinarios (1,64), sólo comparables con los registrados por los migrantes de otras provincias en el centro de la ciudad. La fuerza de los indicadores pareciera coincidir con una percepción general, muy extendida por cierto, que no dudaba en calificarlos como "barrios de chilenos". Que el 70% de los migrantes de ese origen residiera en el segundo anillo pareciera confirmar la validez de este enunciado. No deberíamos, sin embargo, confundir la concentración de este grupo migratorio con su dominio en los vecindarios que se abrían paso en la periferia neuquina. Más allá de su impresionante participación, los migrantes limítrofes se encontraban a la zaga de la población local y los restantes grupos migratorios debido a su menor peso en el total de la población.

Esta particular concentración nos obliga a volver por un instante al terreno de la teoría. Como no divisamos, en las áreas más alejadas, un grupo migratorio que se destaque sobre el resto, es complicado distinguir enclaves étnicos al estilo norteamericano. Antes que un *ghetto*, impermeable a la influencia externa, es preferible pensar en *asentamientos* que albergaban a diferentes grupos migratorios. Es más, si incorporamos, a modo exploratorio, las dinámicas seguidas por el mercado matrimonial, las conclusiones podrían ir en una dirección opuesta. Hasta ingresar a la década de los '80, los chilenos mostraron un patrón de movilidad individual que empujaba hacia arriba los índices de masculinidad. Debido a su concentración en el segundo anillo de la ciudad, podemos suponer que en estos espacios existía sobreadundancia de hombres de ese origen. Si bien las redes premigratorias debieron suministrar cónyuges potenciales por medio de llamadas de coterráneas, no podríamos dejar de lado las estrategias desarrolladas en espacios donde convivían con quienes ocupaban los escalones inferiores de la estructura ocupacional. De ahí que la inserción en ciertos espacios, impulsada por el deseo de optimizar recursos escasos, pudo haber servido de base a una mayor y más rápida integración matrimonial, tanto con otros grupos migratorios como con la población nativa.⁶³ En esos sectores todavía incomunicados y, en cierta medida, replegados sobre sí mismos encontramos las condiciones necesarias para el desarrollo de lo que Otero ha definido como un "crisol desde abajo".⁶⁴ A la misma distancia de un *pluralismo cultural* autista y de un *melting pot* generalizado, esta idea nos pone frente un proceso de intercambio cultural que constituye un ingrediente de importancia en la formación de los sectores populares neuquinos.

Una última escala de este recorrido nos conduce a los migrantes del interior provincial. No tan concentrados como los restantes grupos, mostraron una distribución más uniforme. Mientras en el casco original de la ciudad encontramos una proporción menor a la esperable, en los barrios comprendidos en el segundo anillo su concentración es relativamente fuerte,

⁶³ Hernán OTERO y Adela PELLEGRINO, "Compartir la ciudad..." cit., p. 43.

⁶⁴ Ibid., p. 44.

aunque no tanto como la de los migrantes transandinos. El primer anillo, por su parte, nos ofrece un *Ic* muy cercano a 1, probando que la proporción de migrantes de ese origen era igual al porcentaje de la población radicado en este sector. De todos modos, no podríamos decir que quienes llegaban de diferentes puntos de la provincia estaban equidistribuidos en las diversas áreas de la ciudad. No estaría mal si dijéramos que siguieron el patrón de asentamiento de los migrantes chilenos, aunque de forma mucho más atenuada. Si en los primeros su concentración oscilaba en un rango próximo a 1,7, en los segundos esa brecha se achica hasta llegar a 0,7. De tal suerte, los *Ic* para cada una de las áreas de la ciudad dibujan un juego de tonalidades en dirección opuesta al mostrado por los migrantes de otras provincias: el *Ic* se incrementa conforme nos alejamos del centro de la ciudad. (Tabla 5 del Anexo)

Algunas singularidades de este flujo migratorio refuerzan esta suerte de versión popular del "crisol de razas". El origen predominantemente rural de esta corriente, nacida del deterioro de la actividad pecuaria en los parajes cordilleranos neuquinos, llevaba consigo una racionalidad que favorecía la movilidad de las mujeres. En el marco de una economía doméstica, muy cercana a los niveles de subsistencia, la alternativa de desprenderse de los integrantes alejados del mundo de la producción no dejaba de ser una posibilidad. El recurso de la movilidad no sólo aligeraba el funcionamiento de las unidades familiares, sino además engrosaba sus ingresos por medio de las remesas enviadas desde la ciudad. La procedencia rural de este flujo se traducía en la inserción en los empleos menos calificados de la estructura ocupacional y, por ende, en un asentamiento en el segundo anillo de la ciudad. La coincidencia habitacional que presentaban respecto a una población chilena, mayoritariamente masculina, se reflejaba en espacios de sociabilidad compartidos que favorecieron la formación de parejas "mixtas". En esta *homogamia social*, que a primera vista parece *exogamia*, encontramos un canal que facilitaba una integración de los migrantes a un escenario donde, como queda a la vista, no reproducían linealmente las pautas premigratorias.⁶⁵

Algunas consideraciones finales y apuestas a futuro

Luego de analizar los patrones residenciales seguidos por los grandes grupos migratorios, es importante que volvamos al objetivo trazado al comienzo del capítulo: pensar a Neuquén

⁶⁵ Puede que la evidencia cualitativa venga en nuestro auxilio para sostener este punto. En una entrevista realizada sobre comienzos de los '80, un vecino del barrio Valentina recordaba, no sin evidente regocijo, cómo "las hijas e hijos de los vecinos se casaban con chilenos, bolivianos, peruanos y neuquinos", en lo que calificaba "linda cruza" (Entrevista a Orlando Méndez, *Revista de Calf*, año 5, núm. 62, julio de 1983, p. 34). En las mismas coordenadas podemos ubicar un testimonio recabado en ocasión de un taller que intentaba reconstruir los delgados hilos de la memoria barrial. En esa oportunidad, una vecina de Villa María nos avisaba que, en los tempranos '60, "había mucha gente venida de la cordillera" y que, por ese motivo, el barrio estaba "constituido por pobladores criollos, nativos de origen mapuche y pobladores italianos; es decir fue la unión de diferentes grupos" (Entrevista a Ileana Lascaray, AHPN, *La memoria de la Gente. Villa María*, Neuquén, 1989, p. 5).

como laboratorio donde evaluar la capacidad explicativa de fórmulas de probada eficacia en otros escenarios. La particular distribución de la población en los límites de la ciudad nos ofrece evidencia para cuestionar un supuesto defendido por el "pluralismo cultural". En este encuadre advertimos una voluntad por resaltar la importancia que la interacción tenía en la elección de un destino en lugar de muchos otros. Esa valiosa preocupación presentaba, sin embargo, un defecto esencial: toda vez que las relaciones forjadas en los escenarios de partida eran trasplantadas a los espacios de recepción disminuían las chances de explorar las relaciones que los migrantes establecían con otros actores sociales. Así, el *paese* cruzaba el Atlántico para convertirse en *guetto* o bien en asociaciones étnicas de considerable dimensión.

Esta mirada, atenta al universo relacional de los migrantes, fue trasladada al análisis del espacio. Este último jugaba un papel muy importante en la difusión de la información y la ayuda a los potenciales migrantes en las áreas de partida.⁶⁶ Nada de ello, sin embargo, sucedía en las regiones receptoras. La única garantía para lograr una óptima inserción laboral y edificar una trayectoria social ascendente se localizaba en la continuidad de las relaciones previas al traslado. El vínculo entre ambos aspectos podía resumirse en un razonamiento sencillo: cuanto menor sea este "capital social", menores serían las posibilidades de integrarse a la sociedad receptora, potenciando los efectos del desarraigo. El espacio, en el marco de esta interpretación, se comportaba como una variable dependiente del universo relacional y, por esa razón, no tenía influencia alguna en el desarrollo de nuevos tipos de sociabilidad.

Esta lectura no deja de presentar problemas, muy complicados de resolver en el plano teórico: útil para describir el primer tramo de la experiencia migratoria, muestra dificultades a la hora de sumergirnos en procesos de más largo aliento. El caso neuquino, aunque alejado en tiempo y espacio del centro de la discusión, nos obliga a desechar ese supuesto con tanta fuerza como otras investigaciones recientes.⁶⁷ La trama de relaciones tejida en los lugares de llegada tuvo en la cercanía espacial uno de sus condicionantes básicos.⁶⁸ Parece lógico su-

⁶⁶ Debemos resaltar la idea de "campanilismo" o, lo que es igual, el área atendida por las parroquias rurales del Antiguo Régimen. Franc Sturino definió este concepto en un esfuerzo por espacializar las relaciones sociales que servían de canal de información y ayuda a los potenciales migrantes. Se trataba del área cuyo radio coincidía con la distancia que un individuo podía hacer a pie en media jornada. En ese espacio se suponía que los individuos forjaban redes que se trasladaban mecánicamente al espacio receptor. Cfr. Franc STURINO, "Emigración italiana: reconsideración de los eslabones de la cadena migratoria", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 3, núm. 8, 1988.

⁶⁷ Sobre este problema no sólo debemos incluir la literatura sobre migraciones masivas, sino además estudios que han posado su mirada en las tramas hilvanadas en las "villas miseria" de la segunda mitad del siglo XX. Javier AUYERO, *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del peronismo*, Buenos Aires, Manantial, 2001 o Denis MERKLEN, "Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre la sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90", Maristella SVAMPA, *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos, 2000, pp. 81-120.

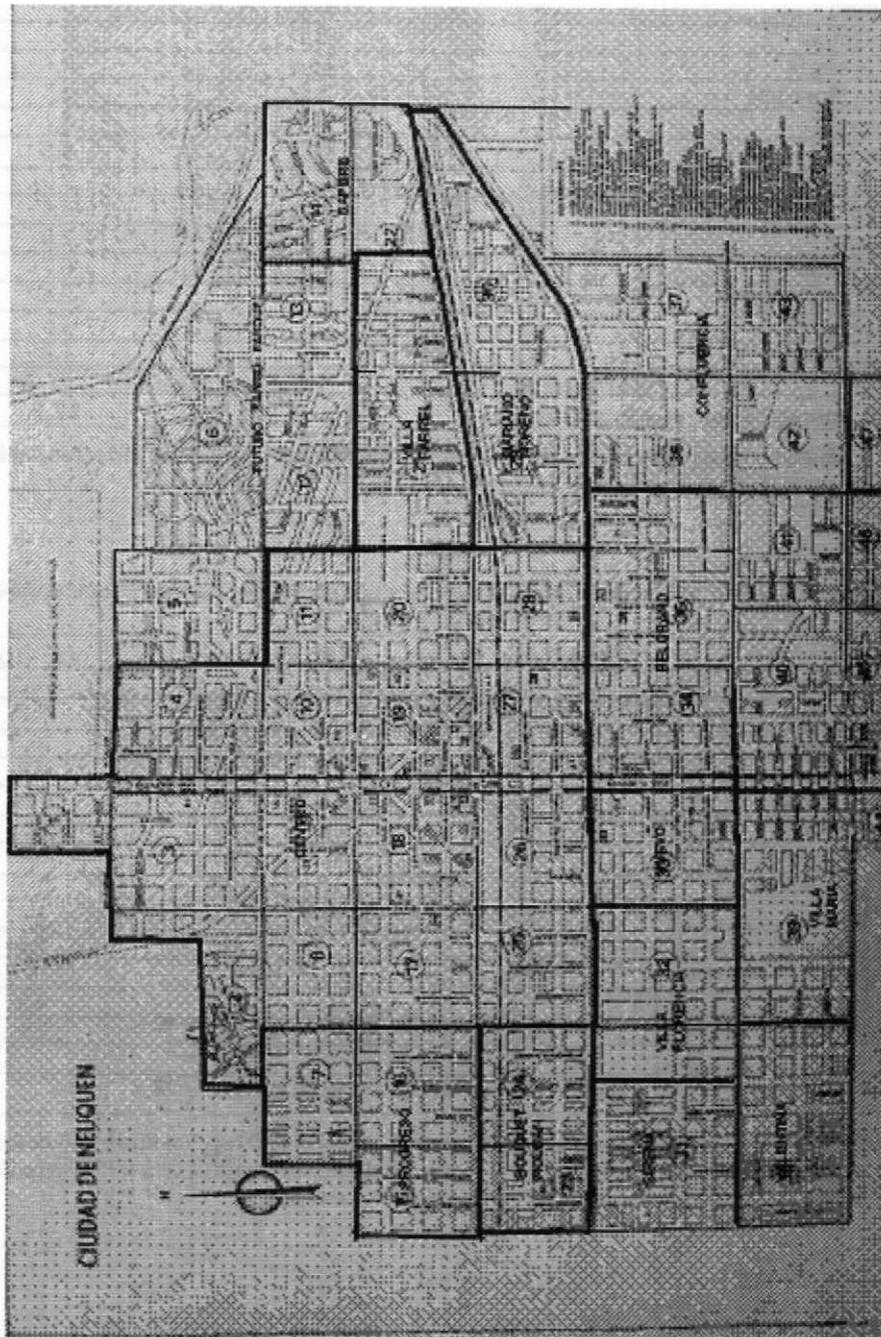
⁶⁸ Hernán OTERO y Adela PELLEGRINO, "Compartir la ciudad..." cit., p. 46.

poner a la experiencia migratoria como un *turning point* o, lo que es igual, un quiebre en la trayectoria vital del migrante.⁶⁹ No se trataba de una ruptura definitiva, pero llevaba consigo una metamorfosis en materia de sociabilidad. Aunque las redes de paisanaje no se esfumaron en el nuevo contexto, ellas no conformaban el único capital a disposición de los migrantes. La semejanza de los patrones residenciales de algunos grupos migratorios -especialmente chilenos y migrantes provenientes del interior provincial, pero también la población nativa y quienes llegaban de otras provincias- nos pone frente a nuevos mecanismos relacionales que pueden ser generalizados al conjunto de la experiencia migratoria. Lo importante de estas relaciones es que, a diferencia de las premigratorias, su impacto va más allá de la incorporación del migrante al mercado laboral y al tejido de la ciudad.

Pero, a partir de esta constatación, restaría formular una última pregunta: ¿podríamos tildar al Neuquén aluvional como una versión patagónica del *meltingpot* germaniano? Las respuestas a este interrogante pueden ser dos. Si esto significa el desarrollo de un proceso de integración cultural que trazó una identidad neuquina excluyente, la única respuesta posible es, desde luego, negativa. Si, en cambio, pensamos que los barrios y vecindarios funcionaron como espacios de intercambio cultural y como mercados matrimoniales no necesariamente "endogámicos", la contestación puede adquirir un nuevo sentido. Esos espacios, que albergaban a los estratos inferiores de la clasificación ocupacional, fueron objeto de un "crisol por debajo", usando la inteligente categoría creada por Otero y Pellegrino, que se encuentra en la base de la formación de los sectores populares neuquinos. Algo no muy diferente podríamos decir del área central de la ciudad. Si bien no distinguimos allí un tejido asociativo tan denso, podemos mencionar la existencia de espacios de sociabilidad que estimularon procesos de intercambio cultural. En esas manzanas, donde existía una fuerte concentración de los migrantes de otras provincias y una importante porción de la población nativa, es probable que haya funcionado un "crisol por arriba", que acentuó el carácter dual de la ciudad. Una afirmación de este calibre nos obliga a formular preguntas que no dejan de ser estimulantes: ¿Cuáles fueron las pautas matrimoniales seguidas por los migrantes? ¿Podemos hablar, en escenarios donde fue importante la migración interna, de endogamia o exogamia? ¿Cuál fue el impacto de la particular ecología urbana neuquina en las dinámicas asumidas por el mercado matrimonial?, o ¿Cuál fue la fuerza de la *homogamia social* en un espacio que tenía el estrato ocupacional como variable condicionante del asentamiento en la ciudad?

⁶⁹ Betina FREIDIN, "El uso del enfoque biográfico para el estudio de experiencias migratorias femeninas", Ruth SAUTU (comp.), *El método biográfico*, Buenos Aires, Universidad de Belgrano, 2001, p. 63.

Mapa 1
Plano de la ciudad de Neuquén en la década del sesenta



Fuente: Archivo Histórico de la Provincia de Neuquén, Caja Barrios, f. 27.

Tabla 1:
Distribución de la población nativa y migrante por barrios y vecindarios. Neuquén, 1960-69

| | Nativos | Migrantes | (Nat.) - (Migr.) |
|---------------------------------------|---------|-------------|------------------|
| 1 Centro | 26,5 | 27,0 | 0,4 |
| 2 Belgrano | 9,7 | 6,2 | 3,5 |
| 3 Villa María | 6,2 | 15,9 | 9,7 |
| 4 Villa Florencia | 4,4 | 8,0 | 3,5 |
| 5 Valentina | 6,2 | 3,1 | 3,1 |
| 6 Bouquet | 12,4 | 12,1 | 0,3 |
| 7 Progreso | 1,8 | 3,8 | 2,0 |
| 8 Confluencia | 8,0 | 4,8 | 3,1 |
| 9 Nuevo | 8,8 | 6,2 | 2,6 |
| 10 La Sirena | 1,8 | 1,0 | 0,7 |
| 11 Mariano Moreno | 8,0 | 5,2 | 2,8 |
| 12 Sapere | 0,9 | 2,4 | 1,5 |
| 13 Villa Farrell | 5,3 | 4,2 | 1,2 |
| | 100 | 100 | |
| Id población nativa y migrante | | | 17,7 |

Fuente: Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales de la Dirección Provincial del Registro Civil de Neuquén.

Tabla 2
Distribución de la población según categoría ocupacional por barrios y vecindarios.
Neuquén, 1960-69

| | Estratos superior (a) | Estratos inferior (b) | (a) - (b) |
|--|-----------------------|-----------------------|-----------|
| 1 Centro | 83,3 | 7,1 | 76,2 |
| 2 Belgrano | 2,8 | 8,5 | 5,7 |
| 3 Villa María | 0,0 | 16,3 | 16,5 |
| 4 Villa Florencia | 5,6 | 6,4 | 0,8 |
| 5 Valentina | 0,0 | 7,8 | 7,8 |
| 6 Bouquet | 0,0 | 20,6 | 20,6 |
| 7 Progreso | 0,0 | 6,4 | 6,4 |
| 8 Confluencia | 0,0 | 10,6 | 10,6 |
| 9 Nuevo | 2,8 | 6,4 | 3,6 |
| 10 La Sirena | 0,0 | 2,1 | 2,1 |
| 11 Mariano Moreno | 2,8 | 2,8 | 0 |
| 12 Sapere | 0,0 | 4,3 | 4,3 |
| 13 Villa Farrell | 2,8 | 0,7 | 2,1 |
| | 100 | 100 | |
| Id estratos superiores e inferiores por barrios y vecindarios | | 78,3 | |

Fuente: Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén. Nota: Estratos Superiores: Profesional Alto; No manual alto y Profesional Bajo; Estratos inferiores: Trab. manual semicalif. y Trab. manual sin calificac.

Tabla 3
Distribución ocupacional en los extremos de la estructura ocupacional y lugar de residencia.
Neuquén, 1960-69

| Barrios | Estratos superiores | Estratos inferiores |
|-------------------|---------------------|---------------------|
| 1 Centro | 20,8 | 6,9 |
| 2 Villa Florencia | 7,1 | 32,1 |
| 3 Mariano Moreno | 3,8 | 15,4 |
| 4 Villa Farrell | 3,8 | 3,8 |
| 5 Nuevo | 2,9 | 25,7 |
| 6 Belgrano | 2,3 | 27,3 |
| 7 Valentina | 0,0 | 37,9 |
| 8 Villa María | 0,0 | 38,3 |
| 9 Confluencia | 0,0 | 40,5 |
| 10 D. Roldán | 0,0 | 44,6 |
| 11 Sapere | 0,0 | 46,2 |
| 12 Progreso | 0,0 | 52,9 |
| 13 La Sirena | 0,0 | 60,0 |

Fuente: Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén. **Nota:** Estratos Superiores: Profesionales Altos, No manual alto, Profesionales bajo; Estratos inferiores: Trab. manual semicalificado y Trab. manual sin calificación.

Tabla 4
Zonas de residencia de los trabajadores semicalificados y sin calificación de los diferentes grupos migratorios en Neuquén (1960-1969)

| Estratos inferiores | | | | |
|---------------------|----------|----------|------------------|------------------|
| | Nativos | Chilenos | Interior Neuquén | Otras provincias |
| Centro | 4,2 | 0 | 0 | 31,3 |
| Primer Anillo | 41,7 | 25 | 25 | 25 |
| Segundo Anillo | 54,2 | 75 | 75 | 43,8 |
| | 100 (24) | 100 (24) | 100 (24) | 100 (16) |

Fuente: Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén. **Nota:** Estratos inferiores: Trab. manual semicalificado y Trab. manual sin calificación.

Tabla 5
Índice de concentración por lugar de nacimiento. Neuquén (1960-1969)

| | Nativos | Chilenos | Interior Neuquén | Otras provincias |
|----------------|-------------|-------------|------------------|------------------|
| Centro | <u>1,01</u> | 0,25 | 0,51 | <u>1,74</u> |
| Primer Anillo | 1,18 | 0,69 | <u>1,08</u> | 0,85 |
| Segundo Anillo | 0,85 | <u>1,68</u> | <u>1,22</u> | 0,66 |

Fuente: Elaboración propia en base a las actas de matrimonio del Archivo de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén. **Nota:** Estratos inferiores: Trab. manual semicalificado y Trab. manual sin calificación